

—No le comprendo bien. Explíquese usted con más claridad.

El fué presa de un ataque de celos más violento aun, y agarrando entre sus manos las delgadas muñecas de la joven obligó á mirarle.

—¡Oh! Teresa, por una sola vez, dígame la verdad. Sufro demasiado no sabiéndola. Teresa, por piedad, sea usted sincera: ¿Ama usted á Mels?

La terrible pregunta, que acababa de proferir temblando, la hizo sonreír. Su semblante se iluminó. Sacudió sus muñecas que se escaparon de las manos de Mayrault. Permaneció un instante silenciosa, y luego con maliciosa tranquilidad:

—Sin duda que amo á Mels. Y no necesitaba usted tantas precauciones para preguntármelo.

—¿Pero, qué clase de amor?

—¡Ah! ¿esto es lo que atormenta á usted señor Daniel? ¿Y con qué derecho, pregunto, pretende usted que le confiese mis secretos?

—Con el derecho que se tiene cuando se ama, Teresa. Y yo la amo con toda mi alma, ¿no lo sabe usted?

—No, yo no lo sabía... Hasta este punto al menos,—añadió ella, meneando la cabeza.—Comprendía perfectamente que usted se hallaba á gusto á mi lado... ¿Pero tanta pasión?... Mayrault, ordinariamente está usted algo

exaltado; y temo que en este momento lo esté más de lo que convenga.

El se dejó caer á sus pies, y con la cara junto á su cara, y los ojos clavados en sus ojos:

—Teresa, yo le pertenezco con todo mi ser. Nada hay en mi cuerpo ni en mi mente que no sufra la influencia de sus encantos y no esté poseído de sus gracias. Yo se lo ruego, no abuse usted de mi corazón. Respóndame. Va en ello mi reposo. ¿Tiene Mels algún derecho sobre usted?

—El que puede inspirar la gratitud.

—¿Así, pues, no le ama?

—Le amo como un amigo, ó como un padre.

El dió un grito de alegría, tomó por los hombros á la joven, la aproximó á sí, y viendo al alcance de su boca sus lindos labios, pálidos y sonrientes, estampó en ellos un beso. El pintor sintió que temblaba entre sus brazos. Ella dejó escapar una exclamación sofocada, y dejando caer la cabeza sobre el hombro de Mayrault, se quedó inerte, casi desfallecida. Él la oprimió más estrechamente contra su pecho y con dulces y cariñosas palabras, trató de mecerla, de calmarla, como lo hubiera podido hacer con un niño. Ella permaneció así, como aniquilada, durante largo rato, oyendo el murmullo de las palabras que acariciaban su oído.

Por fin pareció como que despertara, se pa-

só la mano por los ojos, se levantó lentamente, y al notar que Mayrault, inquieto al ver que recobraba su dominio, permanecía á sus pies mirándola con suplicante ansiedad, se inclinó hacia él y rozó su frente con un rápido beso. El quiso gritar de alegría, pero ella le puso la mano en la boca y levantándole, le condujo, serena y silenciosamente hacia el jardín iluminado todavía por los rayos del sol poniente.

Por toda la anchura del jardín, adornado de rosas y embalsamado por las glicinas, extendíase una terraza que coronaba el declive que descendía hasta la plaza de San Pedro resguardado por una verde empalizada. Un pequeño cenador cubierto de enredaderas ocupaba uno de sus ángulos. Sentáronse allí, en un nido de verdura cuyo follaje agitaba la brisa de la tarde, y en el lejano París, que se extendía á sus pies, vieron como iban encendiéndose las luces que la noche, adelantando, hacía más esplendorosas. Un murmullo sordo compuesto de las voces, las actividades, las fiebres de la ciudad mugía sordamente á sus pies, como el ruido del mar en el fondo de la escarpada costa.

Entonces, entre aquella armonía animada y profunda, producto de la vida intensa de todo un pueblo, Mayrault, como en un canto de amor, expresó sus esperanzas y sus deseos. Teresa le escuchaba, seríá, enternecida y suspensa. El hombre que se sentaba á su lado,

oprimiendo su mano entre las suyas, era aquel joven maestro tan célebre ya, tan envidiado, que temblaba mientras hablaba. Hubiera podido elegir entre las mujeres más hermosas y más solicitadas. Todas se hubieran sentido halagadas por su amor. Y ella era la elegida, aquella á quien él confiaba sus temores y sus deseos.

Fué tanta la alegría que se apoderó de ella, que sus labios se agitaron, temblorosos, brillaron sus ojos arrasados en lágrimas y sin fuerzas para contestar, se deshizo en llanto oculta en la sombra, enfrente de París que seguía murmurando y cubriéndose de matices rojos, y debajo las pálidas estrellas que brillaban en el cielo. El, mucho más impresionado por aquella emoción silenciosa que pudiera estarlo por más apasionados arranques, la miraba sonriendo, sin tratar de detener sus lágrimas que comprendía eran dulces y bienhechoras. Y en cada surco de plata que caía de sus lánguidos ojos hasta los temblorosos labios, veía una prueba de amor ingénuo y sincera.

El tiempo corría sin que lo notaran. Dieron las siete en la vecina iglesia. Teresa se estremeció y miró á Mayrault con cierta sorpresa como si, saliendo de su éxtasis, volviera á verle con nuevos ojos. Pero sonrió. Nada había cambiado y la realidad era tan dulce como su ensueño. Fué ella entonces, quien estrechándole entre sus brazos le abra-

zó tiernamente, é imprimió en la frente de su amigo, casi en sus rubios cabellos, un beso de sus labios. El balbuceó:

—¡ Oh, Teresa, cuánto la amo á usted!

—Yo también, Daniel, le amo. Y nada puede impedirme confesárselo lealmente y sin reserva. Esta mañana sólo me pertenecía á mí misma y desde ahora pertenezco á usted...

—Para siempre.

—¡ Sí, para siempre!

—¡ Qué dicha! ¡ Y qué deliciosamente concuerdan nuestras existencias! Tenemos igual manera de sentir en todo, Teresa. Nuestro arte nos enlazaba ya tan estrechamente que el amor casi no tenía nada que hacer para unirnos. Es la perfecta comunión de nuestros espíritus y de nuestros corazones. ¿ Hubo jamás suerte más feliz que la nuestra?

Y mostrándole París con un gesto de indiferencia:

—Allí está la ciudad que nos promete la fortuna y la gloria. ¿ Qué valen todos sus dones comparados con nuestra felicidad? ¿ No estaría usted dispuesta á olvidarla para encerrarse conmigo en esta casita, rodeada por el solitario jardín, pintando con libertad y sin más objeto que el de satisfacer nuestros ensueños? ¿ No realizaríamos así verdaderas obras maestras, porque sólo trabajaríamos para nosotros mismos?

Ella, moviendo su linda cabecita exclamó:

—Sí, pero aún no estamos redimidos de

todas nuestras obligaciones sociales; debemos tener en cuenta la opinión. He de dejarle á usted. Me esperan...

—¿ Quién? ¿ Nuestro maestro?

—No, no va á comer. Pero sí la buena Prudencia, que estaría inquieta si yo tardara...

—Hasta la vista, pues, amada mía... ¿ Pero me promete usted que recobrará cuanto antes su libertad?...

—¿ Lo sé acaso? Materialmente sólo dependo de mí... Sólo me retienen lazos morales... Pero ¡ son tan poderosos!...

—¿ Más que nuestro amor?

—No. Bien lo sabe usted.

El la tomó del brazo, y con paso lento, volvieron al taller. Ayudada por su amigo, Teresa se puso su manteleta, y trocando el último beso, se marchó.

A la misma hora, Mels comía en casa de la condesa de Terrenoire. Era día corriente y la intimidad se componía de ocho personas. El general de Gardissol, ex-jefe de cuerpo, que se conservaba ágil y ligero, muy mundano, muy brillante, reaccionario hasta los tuétanos, y dispuesto á montar á caballo, de palabra, para aplastar á la democracia. Monseñor Goutte, obispo *in partibus* de Hermópolis, principal consejero de las congregaciones, prelado culto y meloso en apariencia, y devorado, en realidad, por todos los furros de la Inquisición. La señora Bernier, ex-can-

tante de salón, famosa por sus éxitos mundanos, pero parapetada tras de una amarga crítica de todos los actuales talentos. Vatebled, el poeta, candidato á la Academia francesa, más conocido por sus derrotas que por sus versos, pero obstinado siempre, porque su candidatura era su carrera. Y, por fin, Pablo Maichin, el *sportsman*, joven ocioso que se come en el *turf* la fortuna que su padre ganó en la Bolsa.

El general de Gardissol bebió religiosamente un Château-Iquem que gozaba de toda su aprobación, y colocando su copa sobre el mantel:

—Ya lo ve usted, mi querido Vatebled, sus amigos de la Academia son unos traidores. Usted se presentaba á la elección, para obtener el sillón de ese pobre Tal... Fulano... aquel que gritaba: ¡Viva el ejército! en verso... con la seguridad de alcanzar doce votos... Y sólo ha podido reunir cinco... ¿Quiénes son los que le han abandonado? ¡Ya no los volverá á tener, de su parte!... Lo que no será obstáculo para que vuelva á empezar. ¡Y ellos también! Yo pregunto: ¿qué halla usted de envidiable en todo eso?

—Usted lo ve desde su punto de vista,—dijo el obispo de Hermópolis.—¿Por qué se empeñó usted en ser jefe de cuerpo? ¿Y por qué le pone enfermo no serlo ya?

—¡Enfermo, yo!—rebatió el general— ¡nunca!

—¡Conformes! Es una manera de decir. Empero, es muy natural que un hombre desee obtener todas las satisfacciones materiales y morales que le ofrezca el destino. Para usted, general, era el orgullo del mando supremo. Para nuestro querido poeta, es la satisfacción de tomar parte de una corporación muy escogida.

—Puesto que existe la Academia—suspiró Vatebled—debo pertenecer á ella. Desde el punto de vista profesional, constituye para mí una necesidad. Yo nunca he vendido mis libros. A Dios gracias, no están al alcance del vulgo. Mi drama estrenado en el teatro de la *Obra nueva* dejó estupefactos á los espectadores que se quedaban con la boca abierta ante la profundidad de mi concepción. El gobierno, á quien desprecio y combato á un tiempo, no me concederá jamás la Legión de honor. ¿Qué me quedará, pues, si no me siento bajo la cúpula?

—Amigo mío, le quedará su independencia—declaró el joven Maichin.—¿Le parece útil acaso dejarse embridar? ¿A santo de qué ponerse entonces en abierta oposición con la producción poética contemporánea? Por una parte truená usted como Moisés en el Sinaí, y por otra se multiplica para obtener una cascaca bordada de palmas verdes. ¡Eso es una contradicción! En el fondo, observo que sufre usted horriblemente por no haber podido obtener una gran venta de sus libros, cien

representaciones en el teatro y la estima de los plebeyos. Si esto es cierto, declárelo francamente. ¡Al menos será usted sincero! Y le compadecerán. Y será usted simpático. ¡Valdrá más esto que pasar por incomprensible!

Siguió un silencio embarazoso. Empero, la linda condesa, al observar la penosa impresión creada entre sus comensales por la brutal franqueza del joven Maichin, se resolvió á contestar:

—¡No trate usted á los literatos como si fueran caballos!—dijo con su voz clara é impertinente.—¡Usted exige á Vatebled sinceridad literaria! ¿Y usted, tiene por ventura sinceridad *sportiva*? Echa usted en cara al poeta su desprecio para cuantos afectan no comprenderle y le niegan su voto. Yo en cambio le he oído tratar de imbéciles á las personas que, en la última venta de Jearlings en Deauville, no compraron á precios fabulosos los vulgares rocines que usted envió.

—¡Rocines! ¡*Alambre* y la *Pistola*, unos animales que valían treinta mil francos!...

—¿Lo vé usted? ¡Todavía! Lo suyo le parece admirable, lo de los demás no vale nada. Respete á su vecino, si quiere usted que le respeten. Ahí tiene al señor Mels... ¡Imite su prudencia!

Mels, que permanecía silencioso desde que comenzó la comida, visiblemente preocupado, se estremeció al oír pronunciar su nombre.

Levantó su noble y expresiva cabeza y se esforzó en sonreír:

—¿Tanto mérito tengo?

—Sí. Usted sabe lo que es la vida. Y en lugar de oponerse á los progresos de sus discípulos, los favorece. A cada cual les debe llegar su hora ¿no es cierto? Y encuentro un fondo de bondad y de grandeza en ese modo de desaparecer. Es dar prueba de verdadera superioridad. El genio ayuda al talento. Porque, en suma, Mayrault lo ha hecho usted.

Mels palideció, sus ojos se nublaron, y respondió con voz sofocada:

—Sus éxitos me interesan más que los míos. Y le amo como á un hijo. Los que pretenden oponerle á mí se engañan si creen disgustarme. Yo me felicito de todo lo bueno que le sucede.

—¿Aunque sea en detrimento de usted?...

—Hasta en detrimento mío. Mañana se verá la prueba. Esta tarde he escrito al ministro anunciándole que me retiro del concurso para la decoración del nuevo palacio.

—Pero esto es entregar el premio á su discípulo... Las camarillas se lo conceden, los envidiosos de usted se lo atribuyen... ¿Y usted se lo cede?

—Según ha dicho usted muy bien hace un instante, Mayrault, soy yo. Y me toca parte de su triunfo.

—¡Ah! maestro, usted nos abandona.

—No, señora, me doy cuenta de mi exacta

situación, he aquí todo. Cada cual ha de tener su hora, también lo ha dicho usted. Y hubiera podido añadir, á no haber temido mortificar á un viejo artista: no se puede ser y haber sido. ¡Ah! Lo difícil de comprender y aceptar, por los que están en posesión del favor, es que hay que ceder el sitio á los jóvenes que les siguen para substituirles y hacerlos olvidar. Lo más triste y amargo para un creador, ya sea músico, poeta, escultor ó pintor, es cuando se dice: Los triunfos que he alcanzado ya no volverán á renovarse, las aclamaciones y los elogios se dirigirán á otros, las miradas entusiastas se volverán á otro lado, y la fervorosa curiosidad de la multitud, que murmuraba á mi paso, se trocará en muda indiferencia. Yo era el astro que dominaba en el cielo, y poco á poco iré bajando hacia el horizonte. La luz que nos iluminaba con sus vivificantes rayos decrecerá dejándome en la incertidumbre y la debilidad. Después de las alegrías de la aurora, vendrán las tristezas del ocaso. Sí, esto es lo más cruel que puede ocurrir á un artista. Permanecer frente á frente de su pasado, en el olvido, sobreviviendo á su personalidad, y ante el papel, el barro ó la tela, que antes le servían para expresar sus ideas, decirse: ¿Y para qué? De todas las desgracias, ninguna es tan cruel. Y los afortunados son los que desaparecen en el apogeo de su carrera, en plena energía, sin conocer las decepciones

de la vejez. O hay que hacerse continuar por un hijo, y entonces cuán agradable es ver reverdecer la propia gloria en una rama joven. Es lo que me sucede con Mayrault, que es el hijo de mi trabajo. Y precisamente por esto no envidio sus éxitos, porque han sido preparádos por mí, y por esto he podido contestar al instante que me alegraría de lo bueno que le ocurriera, aun cuando, en apariencia, me perjudicara.

—¡Admirable filosofía! No cabe ir más allá, si es sincera.

—¡Condesa! ¿Por qué habría yo de engañarles? ¿Me cree capaz de fingir, usted que me conoce tan bien?

—¡Yo! Yo creo perfectamente cuanto acaba usted de decir. Pero los sentimientos que usted expresa son excepcionales. Todos los artistas han sido envidiosos de sus sucesores, con frecuencia hasta el delirio. Entre los maestros italianos del Renacimiento, esa envidia no retrocedía ni aun ante el asesinato. No habría que buscar muy lejos, hoy mismo, para hallar grandes escritores que se han portado como bandidos con sus rivales; y la envidia es la enfermedad común de la literatura contemporánea. Todos nosotros conocemos autores á quienes el éxito de un amigo produce la ictericia. ¡Sobre todo el éxito que da dinero! Este no se lo perdonan nunca. Hay, pues, en la carrera de todo artista, una hora de perturbación, en la que le falla el éxito, en la

que las facultades creadoras le abandonan, y en la que, como astro que declina, se oculta en el horizonte. Usted ha llamado á esa hora dolorosa el ocaso. La idea no puede ser más exacta, pero si hay el ocaso del espíritu, hay también el ocaso del corazón...

La linda condesa sonreía mientras hablaba y sus irónicos ojos parecía que escudriñaban el pensamiento de Mels. El pintor se estremeció.

—Sí, — dijo — renunciar á la gloria es un tormento. ¡Pero renunciar al amor!... ¿No es una prueba más dura aún? Sin embargo, la naturaleza es un gran auxiliar. Y si en el dominio de las ideas, los deseos humanos no tienen límites, en el dominio de los hechos, no ocurre lo mismo. La vejez se encarga de moderar las pasiones...

El obispo de Hermópolis sonrió maliciosamente...

—¡Esto equivale á decir que el hombre hace de necesidad virtud!

—¡O que el diablo harto de carne se hace fraile!

—¿Y dónde ha visto usted que los patriarcas renunciaran al amor?—dijo el joven Maichin.—Yo tengo un tío que á sesenta y siete años sonados mantiene á la simpática Amanдина de Tresmes, y es engañado por ella como si sólo tuviera treinta.

—Pues ¡vive Dios!—exclamó el general irguiéndose, le aseguro á usted que yo...

—¡Oh! general,—interrumpió la condesa,—no nos vaya á contar sus aventuras amorosas...

—Contentémonos con las victorias. No añadamos las conquistas...

Mels ya no escuchaba el elegante discreto que continuaba alrededor de la mesa. De pronto se le había aparecido el rostro pálido encuadrado por negras guedejas de Teresa, y una sorda palpitación sobresaltó su pecho. ¿Por qué aquella mujer de mundo, maliciosa é irónica, había aludido tan directamente á la doble derrota que podía experimentar el artista, en su gloria y en su amor? ¿Por qué en el momento en que Mels sentía vacilar bajo sus plantas el pedestal de su celebridad, insinuarle que podía separarse de él la única persona que hubiera sabido consolarle de su decadencia?

Desde hacía algunos días pensaba ya Mels con amorosa resignación en buscar el reposo y la serenidad, modificando la raíz su existencia. Y Teresa había sido el principal elemento de esa nueva combinación. Entristecido, desanimado, exhausto, Mels se decía: Me marcharé con Teresa. Me iré á un rincón tranquilo y umbrío, lejos de las agitaciones y disputas, y trabajaré sólo para mí, vigorizándome en la frescura de la naturaleza. Olvidaré las envidias, las ferocidades, las perfidias y descansaré á la vista de un horizonte tranquilo y puro, al lado de la mujer que

constituye el encanto y la dulzura de mi vida. No soy viejo aún. Mis últimos amores puede decirse que fueron ayer. ¿Por qué no habría de encontrar en Teresa las supremas ilusiones del corazón? Es leal y sería sincera. Y después, me lo debe todo.

Apenas esta idea hubo cruzado por su mente Mels sintió vergüenza. Le pareció indigna de él. ¡Qué! ¿Poseer á Teresa por gratitud? ¡Donosa ocurrencia! ¿No valdría más no obtenerla por tal precio? Todo su orgullo se sobrepuso. Sintióse más ardiente, más rejuvenecido. Una esperanza le estusiasmaba: la de gustar á aquella encantadora niña y hacer de ella su última y más brillante conquista. Como si contestara con una maliciosa declaración á sus ensueños futuros, la condesa dijo:

—En vano es luchar, el amor es cosa de jóvenes. El antiguo estribillo: «Los novios de una edad» no es una tontería, y aun menos refiriéndose á amantes. Es indudable que hay algunos pertinaces impenitentes, como el tío del joven Maichin, que se imaginan inflamar todavía el corazón de las señoritas y aun el de las señoras. Pero es una ilusión que les cuesta su dinero.

—¡Ah! condesa—dijo el general con amargura.—El ministro, que no es por cierto muy compasivo, tiene más piedad que usted. Cuando nos coloca en los cuadros de reserva, no nos prohíbe pensar que podamos servir todavía.

Levantáronse de la mesa. Las puertas del salón se abrieron, y al suave calor de la elegante habitación, los desocupados comensales continuaron su diálogo sin sospechar la perturbación que sus palabras hubieran podido llevar al corazón de Mels.

